



Julien Green

Por Mario Parajón

El profesor Alvaro de la Rica, docente en la universidad de Navarra, ha publicado en *Ediciones Encuentro* un libro sobre Julien Green, *En lo más profundo del bosque*. Nadie ignora que Green era oriundo y ciudadano literario del sur de Estados Unidos, cuya historia y tradiciones conoció a fondo; y que la otra mitad de su alma se la llevó París, la ciudad de sus amores de la juventud en adelante, la que conoció escudriñando sus rincones, entrando a rezar en todas las iglesias, visitando sus museos (especialmente, por supuesto, el Louvre) y tratando con los escritores y artistas de su generación, al igual que con los mayores y más jóvenes. De formación protestante, supo lo que era el rigor moral del calvinismo, sintió una fuerte tentación homosexual, luchó contra ella bien a lo largo de la vida, su biógrafo dice que la fue venciendo lenta, muy lentamente; y luego de escribir muchas y excelentes novelas y un *Diario* del que han aparecido buena cantidad de volúmenes, ha muerto casi al cumplir los cien años, viviendo los últimos al cuidado de un hijo adoptivo también escritor y en cuyas manos queda ahora la inmensa biblioteca de su padre y sus papeles inéditos, que por lo visto no son pocos.

Alvaro de la Rica no se ha propuesto en su libro contar toda la vida de Green. Su objetivo ha sido más modesto: hablarnos de los antepasados de Green, de su ambiente familiar, de la personalidad de los padres y las hermanas; detenerse después en la infancia y en la juventud de Green, en su angustia, su piedad religiosa, su posible vocación sacerdotal, su pasión por la literatura y por la posesión física de los libros; su conocimiento prematuro del hebreo para leer la Biblia en su lengua original y su afán por devorar toda la literatura inglesa. También sus enamoramientos, sus ca-

ídas, su tremenda alegría de vivir en la certeza de que el mundo "era su celda" y su desahogo en la creación literaria, liberándose de los fantasmas que lo atormentaban gracias a su talento para urdir la trama de sus relatos.

Y de la Rica ha dispuesto de suculentos materiales para su trabajo, desde la *Autobiografía* del escritor hasta los tomos del *Journal*; y desde las novelas en que los personajes son un poco las proyecciones del autor hasta el precioso librito de Robert de Saint Jean, muy cercano a Green durante muchos años y por eso mismo capaz de haber puesto en conexión la vida y la obra de nuestro autor. Y como si esto fuera poco, Alvaro de la Rica hizo amistad con Green. Se pueden citar las páginas del *Diario* en que el biógrafo aparece. Green celebra sus buenas maneras, su inteligencia y su calidad humana. Parece que no se limitaron a la conversación literaria. Trataron sobre el misterio del más allá, la vida trinitaria, la persona de Cristo y el porvenir de la Iglesia que Green sintió como "nuestra madre" hasta que al llegar el Concilio decía él que la había visto como "nuestra hija".

Yo conocí a Green una mañana muy fría del mes de enero de 1956. Fui a su casa a entrevistarle a las doce en punto de la mañana, la hora en que el novelista se levantaba de su mesa de trabajo luego de tres horas bregando con sus visiones en trance de pasar a las cuartillas. Vivía en un piso precioso cercano al museo Rodín y en compañía de su hermana Anne, la que le dedicó la vida a Julien para que él pudiera escribir sus novelas. Anne era delgada, seria, muy fina y dulce de carácter. Cuentan que sufría mucho pensando en la salvación de su alma y que le fue motivo de tortura interior el

versículo del Evangelio en que se dice que son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Green me ayudó a quitarme el abrigo, tomó asiento en una butaca invitándome a hacer lo mismo. Me contó que no tenía la costumbre de sentarse junto al fuego porque eso precipitaba mucho las confidencias y de inmediato la conversación recayó en la Biblia. Me dijo que era la gran influencia que había recibido en su vida, lo mismo como autor que como hombre. No se me olvida el bellissimo ejemplar encuadernado en cuero que reposaba sobre un mueble cercano a nosotros. Ahí la dejaba Green tras la sesión de lectura diaria hasta que volvía por ella a la mañana siguiente. Me preguntó por mis lecturas, yo descubría por entonces a Pascal y a San Agustín igual que a los jansenistas. Se interesó por mi entusiasmo ante el jansenismo. Le respondí que había recibido educación jesuita, razonadora y voluntarista. El acento del jansenismo en la gracia me procuraba un equilibrio que yo encontraba magnífico. Quedamos citados para cuando yo terminara mi trabajo.

Y volví al cabo de semana y media con mis cuartillas en la mano. Las leyó atentamente, se rió de algunas cosas, celebró mi buena memoria y levantó la cabeza para preguntarme la edad. Yo le contesté que había cumplido los veintiséis. El hizo un gesto de asombro y me habló con el acento más sincero del mundo: --¿Te das cuenta de lo importante que es tener veintiséis años? ¿De lo importante que es ser joven? ¿De lo importante que es vivir?

No he olvidado nunca su gesto, su tono, su mirada. Green era alguien.